

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA

## EL SALÓN LITERARIO DE MARCOS SASTRE

DESPUÉS DE LA Revolución de 1810, puede decirse que la poesía patriótica es la única forma literaria que se cultiva en Argentina. Juan Cruz Varela y Esteban de Luca, adscriptos a la corte republicana de Rivadavia, cantan la gloria de las armas y la grandeza de la Patria, a la que vaticinan un porvenir de riqueza, paz y bienestar. Diez años después de la renuncia de Rivadavia (1827) un grupo de jóvenes de familias patricias de Buenos Aires, todos estudiantes universitarios, y casi todos ellos discípulos del doctor Diego Alcorta, se reúnen para constituir un cenáculo que tiene todos los caracteres de una secta de conspiradores.<sup>1</sup> Esa asociación se denomina a sí misma Joven Argentina, pero se la conoce como Asociación de Mayo, y también como el Salón Literario de Marcos Sastre.<sup>2</sup> Se

<sup>1</sup> Refiriéndose a esa Asociación, fundada el 23 de junio de 1838, dice Groussac: "Se inspiró sucesiva o simultáneamente en la Joven Italia, la Joven Europa, Saint-Simon, Lamennais, Pedro Leroux y algunos otros."

<sup>2</sup> El más célebre de los salones fue el de Mariquita Sánchez de Thompson (1786/1868). A su casa van San Martín, Rivadavia, Monteagudo, Alvear, Larrea, López y Planes, Lafinur, Juan C. Varela. Viuda de Thompson, se casa en 1820 con J. B. W. Mendeville, y mantiene abierto su salón hasta 1839. En su ambiente su influencia no es menor que la de Mme. Staël en Francia, guardadas las distancias. A esas tertulias van los que posteriormente formarán la Asociación de Mayo. Fue presidenta de la Sociedad de Beneficencia, fundada por Rivadavia, de 1830 a 1832. A su grupo pertenecían María Gómez de Calzadilla, Candelaria Somellera de Espinosa, Justa Foguet de Sánchez, Pilar Spano de Guido (madre del poeta Carlos Guido y Spano). Emigra a Montevideo en 1839 y regresa en 1852. Era un espíritu ingenioso y muy fino; únicamente se conservan de ella algunas cartas, de las que extraigo las siguientes reflexiones: "Me entristece cada día más ver que en estos países hay más vicios que en los viejos, y que no existen el vigor y las ventajas de los países nuevos; es como si viéramos los niños con canas y llenos de vicios." "Los buenos deben pues, trabajar doble y sin desalentarse; despreciar a

propone darle a la Independencia un contenido moral y normativo, inspirándose en la acción de gobierno de Mariano Moreno y de Bernardino Rivadavia. Esteban Echeverría es quien condensa en quince Palabras Simbólicas (inspirado en los artículos que publica, en *La Gaceta*, Bernardo de Monteagudo) los ideales de Mayo, y que fueron base de la Organización Nacional.<sup>3</sup>

El Salón de Marcos Sastre reacciona contra la vacuidad presuntuosa de los poetas palaciegos, e intenta fijar las bases políticas que ha de tener la República. Es la primera y última vez que se intenta allí, conscientemente y con un designio claro, conectar la literatura, las ciencias y las artes con la nación y con el pueblo. La certeza de que era menester realizar algo orgánico y planeado, se había creado en los salones literarios que precedieron a ése, donde se discutían como en asamblea los problemas políticos y culturales. El de Marcos Sastre debe considerarse una prolongación de los de Mariquita Sánchez, de Vicente López y Planes (el autor del Himno) y del doctor Alcorta, médico y profesor separado de su cátedra. El salón del doctor Alcorta reunía, además que a profesores y patricios descontentos con los desmanes de los caudillos, a sus discípulos. Empero, aún no se había decidido la oposición al gobierno de Rosas, que dos años más tarde comenzaría su brutal persecución, y Alberdi, Echeverría, Rivera Indarte y los demás prohombres del Exilio, se abstendrían de formular críticas adversas. Pedro de Angelis, defensor de Rosas, era socio del Salón. Esos jóvenes, que tienen de veinte a treinta años, conocen abundante literatura revolucionaria, se inspiran en la Revolución Francesa y giran en torno de ella durante el Exilio y la restauración del régimen legal.

Esteban Echeverría, que regresara de Francia después de cinco años de residencia en París (1825/30) es el introductor de la nueva ideología socialista, y de inmediato se le reconoce como capitán de la pléyade. En su testamento doctrinario (Montevideo, 1851) nombra a Juan Bautista Alberdi su albacea espiritual. Disuelto el Salón, sus dirigentes proyectan editar un periódico titulado *El Semanario de Buenos Aires*, que dirigiría Rafael J. Corvalán. Fracasado el proyecto, a fines del mismo año Alberdi

los corrompidos en silencio, no acriminar a los que se extravíen, sino con acciones nobles y grandes; hacer bien y no entretenerse en mirar a los que hacen mal.”

<sup>3</sup> Comentadas por José Manuel Estrada, como fundamento de “La política liberal bajo la tiranía de Rosas”, fueron base de la Reorganización Nacional, efectivamente. (Cf. ALFREDO L. PALACIOS, *Esteban de Echeverría*).

dirige *La Moda* (“gacetín semanal de música, de literatura, de costumbres”), que tampoco hizo oposición a Rosas. No obstante, el gacetín fue clausurado en abril de 1838. Alberdi firmaba con el seudónimo de “Figarillo”. En su trabajo sobre este tema, en la *Historia de la Literatura Argentina* (Peuser) dice Rafael Alberto Arrieta: “Días antes de la aparición de *La Moda* se publicó en Montevideo el primer tomo de *Figaro*, ‘colección de artículos dramáticos, literarios, políticos y de costumbres por don Mariano José de Larra’. Este autor se había suicidado en Madrid el 13 de febrero del mismo año, a los veintisiete de edad. Los funerales apoteóticos de *La Moda* a la memoria de *Figaro* se inician en el segundo número con un minuet que ensaya su ‘retrato musical’; como retratista se presenta ‘Figarillo’, quien, desde el número siguiente firmará bocetos de ‘costumbrismo’ impersonalizado, vale decir, ‘de tipos ideales de fealdad social’. El devotísimo ‘Figarillo’ se estima una ‘imitación suya’, ‘el último artículo, por decirlo así, la obra póstuma de Larra’ (No. 5). Y ‘Figarillo’ es Alberdi, que cuenta los mismos años que Larra al morir. El implacable hispanófono, el demoledor (en varios sentidos) de la lengua española, aparece conquistado por una voz de España, por *la voz* de ‘la joven España, la única España amiga y querida nuestra’ (No. 6).”

Durante la dictadura de Rosas (1839/52) sólo se publicaron en Argentina los periódicos adictos *La Gaceta Mercantil* (órgano oficial), *El Archivo Americano*, *El Diario de la Tarde*, *The British Packet* (en inglés, acérrimo defensor de Rosas) y *El Espíritu del Mundo*, dirigido por De Angelis (escritor napolitano, asesor, relator y panegirista de la Tiranía), editado en español, inglés y francés, con unas doscientas páginas de texto.<sup>1</sup> Como en otros países después de la Independencia, círculos de esta clase poseían sus altavoces ante la opinión pública (en Argentina abundantísimos desde 1810 hasta 1827) y en ellos hallamos, juntamente con la temperatura y el clima políticos de la época, la mejor literatura de la primera mitad del siglo XIX.

La anterior asociación más importante entre las de ese tipo, es la Asociación Patriótica, fundada en 1812 y prohijada por Rivadavia, que tuvo a Bernardo de Monteagudo (1787/1825) por primer presidente. Sus mó-

<sup>1</sup> En la década 1830-40 se publicaron en México: en 1830 *El Astro Moreliano* (centralista), *El Michoacano Libre* (federalista); hacia 1834 *La Bocina del Pueblo*, *El Telégrafo*, *El Amigo del Pueblo* (progresistas); en 1835 *La Revista Mexicana*, en 1836/42 *El Mosaico Mexicano*; de 1837 a 1840 *El Año Nuevo*, y en 1838 *El Recreo de las Familias*.

viles eran el estudio de la literatura y del derecho público. Después de la persecución, los proscritos siguieron formando agrupaciones que conservaron el mismo carácter doble de academia y de logia.<sup>2</sup> Los promotores formulan un programa de gobierno democrático, un plan de educación y de cultura laica e internacional, y una doctrina de la nacionalidad inspirada en los socialistas utópicos franceses. No les preocupa la forma de gobierno, con tal que sea democrático, liberal y progresista, sin definir bien esos términos. Con indulgencia podríamos llamarles nuestros "deceembristas". Todo lo que se había intentado durante mucho tiempo en Francia e Inglaterra se lo proponen ellos, como principios y preceptos a los que primero llaman Código y después Dogma (Socialista).

Todos los defectos capitales como originarios o resultantes de nuestra cultura han sido denunciados en el Salón Literario de Sastre, donde se pronunciaron veredictos justicieros no superados después por quienes se ocuparon de esta clase de análisis y crítica. El consejo de cerrar los ojos a las obras españolas y de mirar a otras literaturas en idiomas extranjeros (empeño general en toda Hispanoamérica), era otra parte del programa que se completaba con la adopción de nuevas técnicas de pensar y decir, en cuyo capítulo figuraba el lenguaje semántico considerado como instrumento de fijación de ideas y sentimientos. La segunda parte era el problema de la aclimatación de una literatura extraña, de tan lata aceptación que comprendía la totalidad de los conocimientos humanísticos, mediante lecturas asiduas hasta alcanzar espiritualmente la entonación de la cultura literaria de alto estilo. Esto se había realizado ya individualmente, contra la enseñanza escolástica de universidades e institutos, pero sólo en la capa superior de la sociedad, y los salones y tertulias que proliferan inmediatamente después de 1810, preparan el terreno a los jóvenes que congrega en su librería Marcos Sastre. Algo habíamos realizado ya, y, sin embargo, nos quedó una soledad en el alma imposible de poblar con los fantasmas importados de revistas. Al fin se tradujo ese desacomodo íntimo en un rechazo hasta de la frecuentación de los grandes autores españoles, convirtiéndose el Salón en un foco revolucionario conspirativo a imagen y semejanza de los que se fundaron en América antes de la

<sup>2</sup> La Logia Lautaro, fundada en mayo de 1812 en una casa de la calle de La Barranca, en Buenos Aires, tenía su centro geográfico en Chile (Santiago) y fue el foco de la Emancipación. Eran componentes, además de O'Higgins, Manuel Belgrano, Cornelio Saavedra, Bernardo de Monteagudo, Tomás Guido, etc. Otorgaba los tres grados rituales. (Noticia en *O'Higgins* de EUGENIO ORREGO VICUÑA).

emancipación y que la prepararon. El Salón Literario también se propone la emancipación, ahora de los espíritus, y tiene su estatuto secreto con pena de muerte para el delator. Leemos en *Facundo*: "Del seno del Salón Literario se desprendió un grupo de cabezas inteligentes que, asociándose secretamente, proponíanse formar un carbonarismo que debía echar en toda la República las bases de una reacción civilizada contra el gobierno bárbaro que había triunfado. Casi todos los que sobreviven son hoy literatos distinguidos, y si un día los poderes intelectuales han de tener parte en la dirección de los negocios en la República Argentina", será porque creen "que todos los hombres son iguales"... "y deseando consagrar sus esfuerzos a la libertad y felicidad de su patria, y a la regeneración completa de la sociedad argentina, *Juran*: Concurrir con su inteligencia, sus bienes y sus brazos a la realización de los principios formulados en las palabras simbólicas que forman el pacto de alianza; no desistir de la empresa, sean cuales fueren los peligros que amaguen a cada uno de los miembros sociales; juran sostenerlos a todo trance y usar de todos los medios que tengan en sus manos para difundirlos y propagarlos; juran fraternidad recíproca, unión estrecha y perpetuo silencio sobre lo que pueda comprometer la existencia de la asociación".

La pregunta que formula Juan María Gutiérrez: "¿De qué proviene nuestro disgusto, muchas veces, por la literatura?", es la misma que nos formulamos hoy. Ellos trataron de hallarle respuesta y nosotros no; porque aquellos jóvenes tuvieron una conciencia más lúcida de la ciudadanía y de la nacionalidad, considerándolas desde el punto de vista de la cultura y de su constitución social más que política. Es más tarde, con la persecución de Rosas, que esos ideales sociales se concretan en aspiraciones políticas y los hombres pasan a desempeñar el papel histórico encomendado a las ideas.

Muy importante es para los revolucionarios ideológicos de entonces, que el pueblo tiene ya una configuración étnica cuanto política; y si bien se habla de él como depositario de la soberanía, también se lo menciona en concepto de comunidad jurídica y culturalmente organizada. La obra que condensa la doctrina del Salón Literario es el *Dogma Socialista*, de Esteban Echeverría, y ya el título indica que lo que les preocupa es la organización de la sociedad más que de la Nación y el Estado. La educación popular, que Sarmiento adopta como insignia de combate, figura ya en ese programa o código, y se reconoce el atraso del pueblo al que las clases superiores le han negado el auxilio de la instrucción. La educación y la instrucción como privilegio del patriciado era común en toda la Colonia, y hasta

la aparición de los poetas gauchescos el pueblo no tiene voz o, como se dice en el *Martín Fierro*, su voz es como campana de palo.\* Para nosotros ese concepto de lo culto con respecto a lo popular, no tiene el mismo significado que en los pueblos de Europa o que en México. Aquí la cultura comprende ambos territorios en dos hemisferios; en Argentina lo culto es una zona de cultivo personal, y lo culto popular un residuo más bien que un cultivo, a su vez espontáneo y viviente del pueblo. Lo popular no trasciende a la obra artística y literaria hasta mucho más tarde, y tampoco lo culto trasciende al pueblo. Forman categorías cerradas, receptáculos herméticos hasta cierto punto incomunicados. Por lo tanto, cada uno se estaciona y corrompe en su propia vasija.

Para nosotros lo culto es, además, forastero. No tenemos una cultura propia ni una tradición cultural a que apelar en búsqueda de patrones y modelos. Francia e Inglaterra han cumplido esta función que le negamos a España, y fácilmente se colige qué graves inconvenientes ofrece esta

\* “La poesía gauchesca es un fenómeno nuevo, original en nuestras letras. El programa del Salón Literario de 1837 queda reducido a un intento tímido y en la misma línea de lo hispánico, comparado con esta inesperada y desagradable empresa de crear una literatura totalmente argentina. Ante todo, no era eso lo que se quería, lo que se esperaba, ni lo que podía satisfacer el afán de emancipación de los hombres cultos. La poesía gauchesca era una emancipación a fondo hasta contra los mismos emancipadores. Es lo que el pueblo puede hacer mediante una Revolución, cuando ignora las teorías y los programas culturales de gobierno. Lo que hacen esos poetas del pueblo —por llamarlos así— es declarar como extranjera inclusive la voluntad de crear una literatura nacional con elementos foráneos. Sin embargo, no realizan una Revolución, sino que lo español de cepa popular reverdece en ellos, y por ellos la literatura vuelve a entroncar con lo castizo. Es la misma tarea que realizan, salvadas las distancias, los creadores de las literaturas nacionales europeas, cuando abandonan el latín —la lengua extraña— y mediante el uso de las lenguas romances se aplican a tratar de lo propio en una forma nueva. . . A ninguno de los miembros del Salón Literario se le había ocurrido calar o retroceder hasta el pueblo; se conformaban con fijar conceptos y dar normas. Echeverría es quien, con *La cautiva*, crea.

“Pero por la innovación (que está en los temas, en el ambiente, en los personajes, en el argumento, no en el lenguaje), por su sensibilidad por su versificación canónica, y por la calidad misma de su poesía, Echeverría es un representante de la poética en boga, que no sólo es romántica sino del cuño de Espronceda. Se trataba de ir más allá, de satisfacer una necesidad orgánica y trófica (Gutiérrez lo expresó taxativamente) más que estética del nuevo *status* generado por la Revolución: se trataba, en fin, de las cosas, las personas, las situaciones y los asuntos; pero mucho más del habla misma, del idioma que se siente, que se piensa y que se habla” (*Muerte y transfiguración de Martín Fierro*, de E. M. E.).

tutoría extranjera en todas las acepciones de la palabra. Tampoco para nosotros es hoy una fuente a que podamos acudir.<sup>1</sup> Éste es el más grave de los males de vastas perspectivas que pudo acaecernos; y lo percibieron con claridad los jóvenes del Salón Literario. ¿Por qué nos repelen esas obras escritas en nuestro idioma materno que debiéramos considerar como de nuestro patrimonio, puesto que lo son? Éste es el tema central de las inquisiciones de aquella época, y Sarmiento lo lleva a Chile, donde, en unión de Lastarria, funda el Salón Literario Chileno (“Sociedad Literaria”),<sup>2</sup> se inflama en la polémica con Bello, que es otra de las formas belicosas que adquiere el pensamiento de los desterrados.

Todavía hoy tenemos que nutrirnos por exigencias de nuestro gusto, de materiales literarios que reflejan otra realidad extraña sólo relacionada con la nuestra en cuanto está tomada de países del mismo tipo de civilización y de autores que se nos parecen por la misma circunstancia. Leemos con más complacencia lo extranjero que lo nacional, y no por razones de estilo y cualidades sin duda superiores en la producción europea, sino por otras razones sumamente complejas.<sup>3</sup> Seres, cosas y acontecimientos

<sup>1</sup> ¿Cómo juzgar? Para Menéndez y Pelayo, y para otros críticos e historiadores de menor fuste, la literatura argentina es parte integrante de la española. Juan Valera llevó la tesis al frenesí del fanatismo (*Florilegio de la poesía española del siglo XIX*). Sin duda es parte integrante de ella en cuanto está escrita en castellano, pero el idioma es mero instrumento de comunicación cuando se trata de fenómenos del orden de la cultura. Si el dictamen se refiriera a la índole de la producción, a su contenido, a su alma, a su *daimon* o *ethos*, entonces podemos admitir que el caso se complica. Pues muy posiblemente lo que los críticos españoles quisieron decir es que carecemos de originalidad como pueblo y nación, que continuamos siendo lo que un siglo o dos atrás, que somos Colonia. Y esto, también, sin duda, contiene mucho de verdad.

Lastarria (discurso inaugural): “Nuestro pasado ha sido transportado a un terreno que le era desconocido... Las semillas preciosas no prenden en un campo inculto... Nuestros padres no labraron el campo en que echaron la democracia.” “Reunirse para comunicarse y ordenar un plan de ataque contra los vicios sociales... discutir acerca de lo que es literatura, acerca de los modelos que hemos de proponernos para cultivarlas y también sobre el rumbo que debemos hacerle seguir para ser provechosa al pueblo.” “Desde 1810 hasta pocos años a esta parte, tampoco hallo obra que pueda llamarse nuestra y que podamos ostentar como característica.” “Hay una literatura que nos legó la España... pero esa literatura no debe ser nuestra.”

<sup>3</sup> Groussac en *Estudios de Historia Argentina*: “La lectura verdaderamente nociva y esterilizadora es la que perpetúa la actitud discipular que estos pueblos sudamericanos han heredado de la España Colonial y no han tenido aún su *Inde-*

están en un orden de simetría con los nuestros y nada más; somos hombres y nada humano nos es extraño.

No tenemos en fin, una cultura literaria que nos abastezca y satisfaga ante todo en las necesidades más perentorias de la sensibilidad; y nos buscamos fuera. Propósito, el del Salón Literario, que nadie ha vuelto a formularse concretamente y bien, y que debido a no haber interesado seriamente a nadie (acaso sea una excepción Lugones, con su absurda estética helénico-argentina). Para eso es preciso también atender al idioma, *eidolon* despótico que malogra toda tentativa (*La cautiva*, no *El matadero*) y a cuya tarea se aplican, como Sarmiento y Lastarria, otros escritores de Hispanoamérica. Se iba al otro extremo de atacar la ortografía como a un godo, y Bello tuvo perfectamente razón en propugnar una semántica americana con una sintaxis y una prosodia castellanas, aunque adoptase la ortografía revolucionaria de Sarmiento. ¿O es que lo nacional ha de ser lo pintoresco verbal, lo que algunos creen que califica lo argentino o lo gauchesco? Era otro camino errado.

Se reconoce unánimemente que en el idioma (mejor dicho el lenguaje) reside la rémora más tenaz. Pero es precisamente lo que empece más al proyecto libertario, y Echeverría, enyugado a la forma retórica de él tanto como al vocabulario escogido y a la sintaxis académica, demuestra penosamente que en el verso no puede liberarse de Espronceda y Meléndez Valdés, como no había podido Varela liberarse de Quintana y de Cienfuegos.

Son súbditos de España por vínculos más poderosos que los de las Leyes de Indias y las prácticas de comercio clandestino o del trato cotidiano. Son los prosistas (Sarmiento y Alberdi) quienes más hacen por la liberación del pensamiento y de las letras. Comprenden que no podrán liberar una parte de la cultura sin liberar la cultura entera, ni ésta sin liberar las formas institucionales, pues sería como abonarle la tierra, irrigarla y bonificar el clima a las cepas. Por eso es que aparecen también como políticos, siendo filósofos, estadistas, sociólogos y periodistas, los constructores de la nacionalidad y de la cultura nacional, juntamente. Sus trabajos atendían simultáneamente a todos los menesteres, y desde entonces las

*pendencia*". . . "Aquel grupo de dirigentes es el que está amagado de atrofia mental, por inactividad prolongada del órgano pensante, y si ésta llegara a hacerse crónica, se pasaría sin transición de la infancia a la vejez, como ciertas civilizaciones indígenas de este continente. Pero repito que el daño esencial de la lectura como única operación de la mente, reside en su pasividad: leer es absorber lo pensado por un extraño; es decir, delegar en otro el esfuerzo activo que precisamente robustece y desarrolla la inteligencia."



lecturas quedaron prendadas en el servicio auxiliar de estructurar la ciudadanía. El escritor se consideró en cierto modo un cabo de órdenes de los gobernantes, situación que es evidente en Mitre y Sarmiento, que fueron también jefes del Estado Mayor de la Nación y de las Letras. Esto es lo que pensaban y dijeron los primeros y últimos hombres que tuvieron conciencia clara de nuestras necesidades espirituales: Sastre, Echeverría, Gutiérrez, Alberdi, y, en otro plano de las ideas, Sarmiento.

En las primeras sesiones del Salón Literario se constituye un Programa que luego no se cumplió porque no se podía cumplir; doctrina que luego se olvidó porque hubo que dedicarse a tareas más urgentes. Encontrándonos sin la gloria de una Literatura Nacional —expuso Marcos Sastre en la reunión inaugural— nos lisonjeábamos con la idea de participar de los honores de la Literatura Española por la identidad de origen e idioma, y con esta vana satisfacción no sólo nos empeñábamos en ver cosas grandes en las producciones de la España sino que hemos encadenado nuestro entendimiento con el estéril estudio y la mezquina imitación de los autores clásicos de aquella nación. Y éste es el error que os he anunciado con el epíteto de “plagio literario”. Y aconsejaba: “. . . busquemos la luz entre las naciones que han cultivado las ciencias; pero a ninguna tomemos por modelo, porque la literatura debe ser una pura expresión de la intelectual nacional”. Propone que rompamos con toda tradición en política, enseñanza e idioma.

Alberdi aludió a ese mismo problema penetrando más en lo hondo: “Es cierto que en mayo, de 1810 comenzamos nuestro desarrollo —dijo—: pero es cierto también que lo comenzamos mal. Lo comenzamos sin deliberación, lo hemos seguido sin conciencia; nosotros no nos hemos movido, hemos sido movidos por la impulsión fatal de otras cosas más grandes que las nuestras.”

Y Gutiérrez, en fin, yendo al problema central de lo que nutre al alma y la prepara para captar y transmitir lo propio en sus valores vitales: “¿No habéis experimentado, señores —inquirió—, en vuestros paseos solitarios. . . la necesidad de un libro escrito en el idioma que habláis desde la cuna?” Comentando después el provecho del conocimiento de las obras hechas en España, dijo: “Por inclinación y por necesidad he leído los clásicos españoles y mi alma ha salido de entre tanto volumen, vacía y sin conservar recuerdo alguno, ni rastro de sacudimientos profundos. Sólo en los oídos me susurran aún armoniosamente las églogas de Garcilaso, o los cadenciosos períodos de Solís.” “Nulas, pues, la ciencia y la literatura españolas, debemos nosotros divorciarnos completamente de ellas y eman-

ciparnos a este respecto de las tradiciones peninsulares como supimos hacerlo en política cuando nos proclamamos libres. Quedamos aún ligados por el vínculo fuerte y estrecho del idioma: pero éste debe aflojarse de día en día a medida que vayamos entrando en el movimiento intelectual de los pueblos adelantados de la Europa. Para esto es necesario que nos familiaricemos con los idiomas extranjeros, y hagamos constante estudio de aclimatar al nuestro cuanto en aquellos se produzca de bueno, interesante y bello.” “Pero esta importación del pensamiento y de la literatura europeos no debe hacerse ciegamente, ni dejándose engañar del brillante ropel con que algunas veces se revisten las inovaciones inútiles o perjudiciales. Debemos fijarnos antes en nuestras necesidades y exigencias, en el estado de nuestra sociedad y su índole, y sobre todo en el destino que nos está reservado en este gran drama del universo en que los pueblos son actores. Tratemos de darnos una educación análoga y en armonía con nuestros hombres y nuestras cosas; y si hemos de tener una literatura hagamos que sea nacional, que represente nuestras costumbres y nuestra naturaleza. . . .”

Magnífica doctrina, “nuestras costumbres y nuestra naturaleza”, pero no dice que sólo las buenas o que las embelleciéramos. En su sentido verdadero sólo los poetas gauchescos siguieron sus sabios consejos. También Echeverría hizo examen del mismo tema dentro de la misma orientación de sus predecesores. “En la anterior lectura —manifestó—, bosquejando el estado de nuestra cultura intelectual, de la cual nos proponemos hacer un completo y circunstanciado inventario, hemos deducido: que no tenemos ni literatura, ni filosofía; que nuestro saber político nada estable ni adecuado ha producido en punto a organización social; que nuestra legislación está informe; que de ciencias positivas, apenas sabemos el nombre; que la educación del pueblo no se ha empezado: que existen muchas ideas en nuestra sociedad pero no un sistema argentino de ideas políticas, artísticas, filosóficas; que, en suma, nuestra cultura intelectual permanece en estado embrionario, y que con nada, o muy poco, contamos para iniciar la grande obra de la emancipación de la inteligencia argentina.” En ese mismo año, Echeverría publica *La cautiva*. Estos hombres muy pronto pagaron con el exilio el atrevimiento de querer una revolución verdadera.

Muchas de estas ideas, en lo substancial, ya las habían declarado como fundamentos de nuestra nueva nacionalidad los congresales de 1819 y de 1826, entre ellos Manuel Moreno y Manuel Dorrego, quienes no eran hombres de pensamiento pero sí de acción y de doctrina. No necesitábamos una literatura sino un gobierno propio, ¿y cómo podríamos tener una cul-

tura emancipada de España si el país encontraba en los caudillos, representantes del antiguo *status*, a sus gobernantes ideales? De ahí la legitimidad del gobierno tiránico de Rosas y la cuestión todavía sin resolver de si no era él el cimiento de una Argentina americana. En este sentido, escribirá Alberdi: "Artigas, López, Güemes, Rosas, Peñalosa como jefes, como cabezas y autoridades, son obra del pueblo, su personificación más espontánea y genuina." "Los caudillos son la democracia. Como el producto no es agradable, los demócratas lo atribuyen a la *democracia bárbara*. ¿Cuál es ésta? La democracia del pueblo más numeroso y menos instruido y rico, antítesis de la democracia del ejército de línea y del pueblo instruido y rico, que es minoría en América más que en Europa" (*Grandes y pequeños hombres del Plata*).

Se adaptaba lo francés e inglés, y ésto era resabio de la cultura de los salones literarios de 1812 y 1821. Mas ya ese instrumento de gobierno, en que tanta fe había tenido Rivadavia, había probado su ineficiencia. Se rechazaba lo español; eso era lo único positivamente cierto. Eso estaba en el alma del campesino de todas las regiones del país, en el gaucho. Independientemente de las teorías y los propósitos, Echeverría realiza en 1837 la obra que se propugna como representativa de la "Nueva y Gloriosa Nación". No es nada de carácter filosófico o sociológico, por cierto; tampoco nada que se aproxime a obra académica como la de los autores que ellos admiraban (Hugo, Mme. Staël, Byron y los socialistas utópicos): es *La cautiva*, un poema en el tipo de *Siripo* y de *Lucía Miranda*; pero más bárbaro y, al tope de toda nuestra literatura narrativa, *El matadero*, cuento novísimo, de un naturalismo aún no inventado en Europa. Éste es un ensayo felicísimo y extraordinario; debió de haberles sugerido a sus coetáneos la necesidad de bajar la mira y aceptar valientemente la realidad como materia y asunto. En pocas palabras, reconocer el acierto de Hidalgo y ganar de mano a los gauchescos que vienen a ser, como los gauchos mismos, los que llevan a cabo en la realidad las teorías. Pero no lo hicieron, sino al contrario. *La cautiva*, tiene remembranzas de un Byron a través de un Espronceda, del más enfático y pictórico. ¿Cómo se concierta esta realización con la declaración de principios de ese mismo año en el Salón Literario, o en qué concuerdan y son complementarias? Esta es una cuestión nueva que hasta hoy no se ha planteado ni por los más inteligentes intérpretes de Echeverría (Groussac y Alfredo L. Palacios). Él es el corifeo, el que dirige una nueva partitura que se ejecuta con los viejos músicos y sus viejos instrumentos. Un maestro tuvieron todos ellos, confesado o no, que no les enseñó filosofía ni sociología ni gramática:

Larra. Enseña a escribir a nuestros grandes prosistas; pero Espronceda sigue manteniéndolos fascinados.\*

Muy pronto, en filiales del interior (provincias de San Juan y de Salta), a los iniciadores de Buenos Aires se les adhieren intelectuales jóvenes del interior, adonde emigran otros de la capital (Vicente F. López, Tejedor, Mitre, Paunero), al frente de todos Sarmiento y Quiroga Rosas, casi todos ellos más tarde miembros conspicuos del cuerpo robusto de la Proscripción. Éste es el plantel de los arquitectos de la Grande Argentina; pero faltan el terreno, los materiales y los albañiles.

¿Qué resulta de la tentativa? Marcos Sastre les aconseja estudiar, deliberar, discutir, examinar, ensayar, errar y corregirse. Echeverría trae de París lecturas que los otros compañeros del Salón desconocen, y su talento es tan brillante que se le erige por mentor indiscutido. Los demás tienen solamente lecturas casuales y misceláneas y, naturalmente, talento y buena voluntad.<sup>1</sup> Cada cual toma a su cargo una parte, la más apropiada a sus condiciones, de esa labor inmensa. Es lo que diríamos hoy un trabajo por equipo. Poseen los elementos mentales exigibles; sólo falta el pueblo.<sup>2</sup> Ellos

\* "Las únicas notabilidades verdaderamente progresistas que columbramos nosotros en la literatura contemporánea de su país son Larra y Espronceda; porque ambos aspiraban a lo nuevo y original, en pensamiento y forma..." "El único legado que los americanos pueden aceptar y aceptan de buen grado de la España, porque es realmente precioso, es el del idioma..." (*Ojeada retrospectiva*, de Echeverría.) "Un hermoso libro que ha producido nuestra imprenta circula felizmente con profusión en el país, libro que contiene útiles lecciones para los que saben entenderlo. Hablamos de los artículos de costumbres de don Mariano José de Larra, en los cuales está trazada en caracteres indelebles la marcha que deben seguir los que trabajen en la mejora de los países españoles, los que entienden que es preciso despejar el suelo para sembrar la semilla de la libertad (Sarmiento: artículo en *El Mercurio*, 5 de junio de 1842).

<sup>1</sup> Escribe Rafael Alberto Arrieta en *La Generación de 1830*, refiriéndose al Salón Literario: "El influjo de la cultura francesa se había iniciado en 1817 durante el Directorio, con la llegada de muchos bonapartistas distinguidos, desterrados por la restauración borbónica. El libro francés se introdujo desde entonces con dominante preferencia, y en 1828, ya escribía Juan Cruz Varela en *El Tiempo*, con desconsuelo por los perjuicios del idioma propio: "Véanse todas las bibliotecas particulares de Buenos Aires y se hallará un prodigioso excedente de libros franceses sobre los españoles; véanse los libros que sirven de texto en nuestra universidad y se encontrará que todos son franceses." Dos años después un viajero lo confirmaba en la Biblioteca Pública: "El número de volúmenes alcanza a veinte mil de los que son franceses la mitad."

<sup>2</sup> "Alguna vez, si el lector tiene paciencia, le demostraremos con cifras el estado

saben y lo declaran, por ejemplo en *Dogma socialista*; pero saben además que el pueblo con el que tienen que levantar “una nueva y gloriosa nación” es el de Rosas, el que le obedece ciegamente, el que abatió a Rivadavia, el que los desterraba. El pueblo se ha sometido, cansado de combatir sin saber para qué, y de su docilidad. De la nueva nación todos esperan sacar provecho; todos, nativos y extranjeros, clérigos y seglares, ricos y pobres, ignorantes y cultos, todos han aceptado su absolutismo como mal inevitable, si no como bien reparador. Aquel grupo de intelectuales que se reúnen en el salón de ventas de la librería de Marcos Sastre son, más bien que filósofos, lectores furtivos, sociólogos y poetas conspiradores. No hay ideales, no hay instrucción ni experiencia política de ninguna clase, falta la doctrina que engrane y ajuste con la realidad, sin someterse a ella para modificarla y mejorarla. En la primera conferencia ya advirtió Echeverría que. . . “Sólo defendían las opiniones falibles de un hombre cuya doctrina era el resultado del examen filosófico de hechos históricos de otras naciones, o sistemas abstractos concebidos por la nación europea. Se gritaba, se disputaba encarnecidamente —agregó—; era preciso resolverse; y en el acaloramiento de la disputa, en los conflictos de la necesidad, se adoptaba un partido, o cada uno se quedaba con su opinión, o se dictaba una ley ajustada, si se quiere, a los más sanos principios, pero no al voto público, pero no a las necesidades y exigencias del país; pero no al fruto sazonado de una robusta, independiente e ilustrada razón.”

La prensa, el libro, la tribuna no son los medios adecuados para la propaganda y la lucha. Al siguiente año Rosas clausura la universidad.\* De-

de ese pueblo del año 10; y el papel insignificante que desempeña en el año 10” (Juan A. Garás: *Sobre nuestra incultura*).

\* La época de Rosas y él mismo dieron para una literatura. La mejor que tenemos se hizo en función de él. Rosas llena el panteón de las letras. ¿Por qué no Perón? Perón derribó mucho de lo que se había construido en falso, claro que para obtener de ello préstamos hipotecarios que ahora hay que pagar. Reajustó el país a la realidad; llamó a la sensatez; puso al descubierto los cimientos friables de ese edificio suntuoso, reveló qué huéspedes lo habitaban, y creó en el ánimo del pueblo sub-urbano y rural el sentimiento de que los habitantes del palacio que tanto ruido hacían eran duendes nocturnos. Perón lo hizo groseramente y para beneficio de la casta militar, y esto no debe hacernos olvidar lo que debió hacerse mucho antes: revelar el secreto de que riqueza y cultura eran dos construcciones sin cimientos. Lo espoleamos. Hizo que perdiera el respeto servil por los gobernantes como seres superiores; descalificó la *intelligentsia*, la justicia, la decencia, y demostró que las tres ramas del Poder Público estaban carcomidas, agusanadas. Creó en cambio el mito

bieran emplear, como sus adversarios, el espionaje, el cuchillo, la intriga, el soborno. El cuadro de *El matadero* es de un salvajismo pavoroso. ¿Ese es el pueblo? ¿Será preciso prescindir de él, darle el bien sin consultarlo? Son dos mundos, dos humanidades, dos direcciones de la marcha. Ellos pensarán y trabajarán para el pueblo de sus lecturas, el pueblo abstracto saludado en el Himno, que es el mismo pueblo soberano de *El Contrato Social*. Todo lo que harán los exilados tiene ese anhelo y nada más. Cuando regresen, se encontrarán otra vez con que las ideas no engranan con lo maquinaria primitiva de la realidad.

Naturalmente, se habían superado ya los ideales reducidos y mecánicos que alimentaron los temas de la Independencias. Pero aquellos temas nuevos de la lírica beligeradora respondían al cambio de un régimen político, a las guerras de emancipación, y a la nueva forma de gobierno republicano; a las hazañas de los capitanes y los ejércitos. a la idea y no al sentimiento de una nueva nacionalidad. Fue menester trabajar tesonaramente en crear ese sentimiento, que existía ya en las gentes del pueblo, y que llevó la revolución al interior del país y la proveyó de un fervor bárbaro. En los hechos, ¿qué había cambiado?; el Virrey por la Junta o el Triunvirato, unos funcionarios por otros. El pueblo no recibía ningún beneficio, y pronto comprendió que la revolución no se había hecho para él.

La literatura tampoco trascendió al paisano (esto trataron de hacerlo Hidalgo y luego Ascasubi y Hernández). Y aun en los poetas gauchescos se le lleva a la pasión política. El intento de Echeverría con *La cautiva*, es ejemplar. La forma es la métrica de Espronceda y todo el vocabulario y la mecánica metafórica españolas; pero los temas son nacionales, acentuadamente campesinos y salvajes. La Revolución, hace suya la causa del pueblo despojado de su victoria y se opone al patriotismo verbal de los patrios. Hidalgo es el primero que se atreve a decir que han suprimido al rey y han dejado en pie todo lo demás, que se está peor que antes. Para ese canto se necesita otro instrumento que *La Lira Argentina*, se necesita la Guitarra del Peón. Hidalgo es un poeta realista, que vive en la realidad y que desafía a los panegiristas que mienten. Éstos esperaban que de las victorias (hechas con carne de negros, mulatos, gauchos y parias que compusieron las tropas libertadoras en que no se enrolaban de buena voluntad los hijos de los burgueses) resultará automáticamente compuesto un nuevo orden políticosocial. Cada cual lo imaginaba a su modo, porque parecía

de su propia persona y reivindicó a Rosas. ¿Cómo no promovió literatura libertaria? Al revés. El pueblo de 1943/55, no era el de 1830/52. ¿O sí?

ser cosa de pedir una gracia. El deán Funes soñaba con una constitución democrático-clerical. Castañeda con una teocracia gauchesca y de chiripa, Rivadavia una república platónica, Dorrego una federación democrática. El pueblo no interesaba a nadie, como no interesa hoy, sino como masa, tropa, electorado y fuerza de choque. El Himno es una excepción en verdad notabilísima, pues recoge la inspiración democrática de la minoría más estricta: de Moreno, Rivadavia y Castelli. El Himno difiere del resto de la producción patriótica a que me refiero, y en él hay por igual la relación de la Defensa de Buenos Aires, que resuena quince años después, y el panorama de las ideas revolucionarias. Si la Marsellesa es una canción patriótica y no revolucionaria, el Himno es revolucionario y no patriótico. En él hay tanta substancia americana como no la hubo en todas las crónicas.

Hidalgo sí es un patriota, como lo es la gente del pueblo; lo es del mismo género del populacho, "de la chusma" de Almafuerte y Perón, que no sólo veía frustrada la revolución en los hombres de gobierno —intentaban traer un príncipe o coronar un Inca— sino en los poetas y predicadores. La Revolución traicionada que denunciarán Sarmiento y Alberdi, es el tema de las canciones de Hidalgo. Por cierto, no gustaron sus composiciones ni su política, pero vino a ser el panegirista, el poeta de nuevo sistema de gobierno, el Juan Cruz Varela de los caudillos. El levantamiento de los gobernadores en 1820 —; año de la muerte de Belgrano!—, es el año del triunfo de las armas civiles, de la población engañada del interior, de la que quería la revolución y no el cambio de virrey; el triunfo de lo gauchesco, de Hidalgo y su poesía, sobre los poetas académicos y aúlicos, inclusive de los prosistas del Salón Literario. ¿Era necesaria la barbarie de los caudillos y de Rosas para que se tomara contacto con la realidad, para que los escritores en el exilio sintieran lo que habían perdido y lo que habían de reconquistar? El movimiento del caudillaje no tiene poetas ni cronistas; crea empero una literatura cívica de violencia revolucionaria.

Mas esto ya lo habían visto y declarado los congresales de 1819 y 1826, entre ellos el deán Funes, Valentín Gómez, Manuel Moreno y Manuel Dorrego.

Si revisamos con cuidado las más grandes obras de nuestra literatura, encontraremos que prevalece tal proclividad al aspecto político de la vida nacional, conforme al sello que le imprimen los jóvenes del Salón Literario; de nuestros escritores extraen su fuerza, de la materia muerta de nuestra existencia como nación y no de las vertientes frescas del existir del pueblo, de su modo de ser, de sus padecimientos, esperanzas, alegrías y también de sus miserias y defectos. *Ojeada retrospectiva, Dogma socialista,*

*El matadero, Facundo, Las bases, Amalia, La gran aldea, Mis montañas. El tempe argentino, Una excursión a los indios ranqueles,* y algunas obras más, son ejemplares y magistrales, es cierto, pero corresponden a una visión de nuestra tierra y nuestras gentes en función de la organización política, jurídica, educacional, histórica, geográfica, en que lo humano aparece supeditado al designio de revelar la grandeza o la miseria que resultan de la buena o la mala administración del país. Contra ese tipo de literatura que jamás nos hubiera permitido palpar, gustar, sentir nuestra vida verdadera, la que no se registra en los documentos oficiales ni en los libros de los amanuenses del poder, reaccionaron los poetas gauchescos, inclusive Hernández, cuya obra estupenda también está afectada, no obstante, por aquella preocupación de carácter político-didáctico más que social, que vicia las otras obras que enumeré. Y con los poetas gauchescos, que buscan en alguna forma el regreso a la tierra que nos alimenta, también los Viajeros Ingleses que no tuvieron compromisos ni obligaciones de servidores del Estado.